

Históricas Digital

Librado Silva Galeana

“El Seminario de Cultura Náhuatl”

p. 261-276

*In Ihiyo, in Ilahtol. Su aliento, su palabra.
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

El Colegio Nacional

Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL SEMINARIO DE CULTURA NÁHUATL

LIBRADO SILVA GALEANA

Fue a fines de junio de 1982 cuando por primera vez llegué al Seminario de Cultura Náhuatl, celebrado entonces en el Instituto de Investigaciones Históricas, cuya sede era la torre I de Humanidades, junto a la Facultad de Filosofía y Letras.

Ya por entonces, varios amigos de Santa Ana Tlacotenco, Delegación Milpa Alta, D.F., y el que esto escribe teníamos varios años de conocer al doctor León-Portilla, creador, junto con el padre Ángel María Garibay, de dicho Seminario.

He de mencionar que llegué allí invitado por quien, afortunadamente, habría de convertirse en nuestro maestro y, para quienes nos veníamos dedicando desde hacía varios años a luchar por la preservación de nuestra lengua y nuestra cultura, en un amigo solidario.

Porque creo que vale la pena, me atrevo ahora a reseñar más o menos minuciosamente lo que ha sido para algunos nahuatlatos este Seminario que a mí me ha brindado la oportunidad de conocer la sabiduría de nuestros abuelos que se expresaron en lengua náhuatl, así como entablar amistad con tantos compañeros y amigos de nuestro país como del extranjero.

Durante la última semana de junio de 1982, se ofreció un homenaje al doctor León-Portilla en la ENEP Acatlán de la Universidad Nacional Autónoma de México, a donde acudí con una pequeña participación y en donde él tuvo la gentileza de invitarme a su curso, al que desde entonces y con gran alegría he venido asistiendo.

Justamente en 1984 se cumplirían diez años desde que un grupo de amigos nos acercamos a Miguel León-Portilla para pedirle que nos asesorara en la tarea de proteger y difundir la cultura tradicional de nuestra región que por esos días íbamos a emprender.

Primero vimos al maestro en la sede de El Colegio Nacional, en donde anualmente viene impartiendo conferencias; después, por invitación suya, tuvimos oportunidad de platicar largamente en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, del cual era entonces director, y le comunicamos nuestros proyectos, algunos de los cuales han podido realizarse gracias a su total disposición a ayudarnos.

Pero creo que vale la pena igualmente que relate yo aquí las razones

fundamentales que nos hicieron acudir a él en busca de un apoyo, que siempre, como arriba quedó dicho, nos ha brindado con comprensión y afecto.

*La cultura tradicional y los jóvenes de Momozco Malacachtepec
en la segunda mitad de los años cincuenta*

Hace ya muchos años, cuando apenas dejábamos atrás los ensueños de la adolescencia, un grupo de jóvenes nos reuníamos en el centro de nuestro pueblo natal, en tardes soleadas o intensamente frías, para hablar, algunas veces con alegría y otras más con escepticismo de lo que a nuestro alrededor o en otros lugares venía ocurriendo.

Ya en otras partes he relatado cómo nos percatamos de que quienes tenían a su cargo la realización de los programas escolares de la educación primaria que nosotros habíamos recibido (el jardín de niños ni siquiera se conocía en nuestra región), se desentendían o de plano no mostraban ningún interés por la cultura de nuestros pueblos indígenas.

Nuestra vida se desenvolvía en un ambiente dominado en su totalidad por la lengua y la cultura tradicionales. Las tareas del campo, las relaciones familiares, las festividades sacras y profanas, las relaciones de compadrazgo, los aniversarios de acontecimientos importantes del pueblo, las ceremonias del pedimento de la novia, los rituales agrícolas como el de la siembra o el de la cosecha, todo, todo lo relacionado con la vida íntima de la población, de vital importancia para nosotros, era soslayado u olvidado por los demás, que no eran otros sino las autoridades, los funcionarios, los maestros y todo tipo de gente que no tenía sino una relación superficial con la comunidad.

Naturalmente que esto lo veíamos y lo sentíamos por más que constituyera una parte muy pequeña de la forma en que en el área escolar se nos educaba entonces. No puedo decir, porque ello sería una exageración, que nosotros adolescentes viéramos con ojo crítico lo que a nuestro alrededor ocurría; no, no había ni mucho menos en nosotros una actitud discrepante; pero no dejaba de ser molesto que en nuestros libros de texto se mencionaran inclusive algunas tareas del campo, pero no como nosotros las conocíamos sino como algo ajeno a lo que a diario veíamos y que constituía la esencia de nuestra vida.

Fue muchos años después, y luego de haber asumido una posición verdaderamente crítica cuando iniciamos una tarea de revaloración de nuestra cultura tradicional, en la que desde entonces venimos trabajando, con la alegría de alcanzar, afortunadamente, por lo menos, algunos modestos objetivos que nos animan y que nos hacen pensar que una tarea de éstas tiene que ser así y debe llevarse adelante sin desmayar.

Constituíamos la primera generación de estudiantes de nuestro pueblo que había tenido acceso a una institución educativa de nivel medio

superior. Aunque ya otras personas habían tenido oportunidad de realizar estudios, inclusive universitarios, no pasaban de ser unos cuantos; y la generalidad de la población joven que nos había antecedido se había dedicado, para ganarse la vida, a las tareas que desde tiempo inmemorial venían realizando las gentes de nuestro pueblo.

Desde el ángulo de la preparación que recibíamos, muchas cosas constituían una novedad para nosotros: nos entusiasmaba lo que estábamos aprendiendo, nos integrábamos a una forma de vida que antes había estado vedada para nuestros padres y sabíamos lo que ocurría en otras partes del mundo, pues, aunque sólo de vez en vez, podíamos ver la televisión en las casas de los dos o tres afortunados que contaban con ella.

Nos apasionaban las competencias deportivas; nos interesábamos por las novedades políticas que en otras partes del mundo ocurrían; leíamos revistas de contenido político y literario o algún suplemento cultural que pudiéramos allegarnos, y su contenido era fuente de charlas interminables bajo un sol quemante o ateridos por el viento de la montaña. Leíamos y comentábamos algún capítulo de Don Quijote: los poemas de Amado Nervo y Enrique González Martínez eran de lectura constante y *Los de Abajo*, de Mariano Azuela, representaba el libro de cabecera de muchos.

Pero pronto surgió una reacción en algunos. Era notorio nuestro entusiasmo por aquello que constituía una novedad cultural para nosotros, pero no era necesario ser muy perspicaz para darse cuenta de que estaba iniciándose un proceso que significaba una separación dolorosa para la gran mayoría de los que entonces iniciábamos estudios.

Testigos de una etapa aún de auge de nuestra lengua materna, era para todos evidente que ésta iniciaba ya una etapa de declinación que acaso la llevara a desaparecer por completo. Muchas cosas venían a poner en evidencia esto, pero una era suficiente para advertir los cambios que estaban ocurriendo: la lengua de uso constante de nuestros padres y nuestros mayores en general era la lengua náhuatl, pero los jóvenes de entonces empezamos a ya no hacer caso de ella.

Algo evidente era que de la historia prehispánica se nos hablaba de Cuauhtémoc, pero sin abundar; se mencionaba a Nezahualcóyotl, pero nunca vimos ni oímos uno sólo de sus poemas, ya no digamos en náhuatl, ni siquiera en castellano.

Escuchábamos los *huehuetlahtolli*, la antigua palabra, y los veíamos o considerábamos pláticas, consejos, ideas que se expresaban en ocasiones especiales, pero en la escuela nunca oímos hablar de ellos y mucho menos se nos mencionó que constituyeran un legado literario de gran valor. Era notoria una actitud de menosprecio de la cultura preponderante que se reflejaba en la ausencia en los programas escolares elementales de temas importantes de la cultura nacional.

Nosotros creíamos, sin ahondar mucho en ello, que si la escuela nos proporcionaba un tipo de conocimientos, había otros que, dado el aban-

dono en que se hallaban, era necesario que nosotros mismos los impulsáramos, propiciando un acercamiento a ellos sobre todo de las nuevas generaciones que se encontraban en riesgo de ya no saber nada de eso.

Para ello había necesidad de emprender, mediante la presentación de un proyecto de trabajo, una serie de peticiones tanto a las autoridades políticas como educativas, como la implementación de un programa escolar que contuviera los elementos que a nuestro juicio era necesario tomar en consideración.

Era evidente que desde un principio debía iniciarse una labor de revalorización y rescate, vistas las condiciones de desventaja en que se hallaba la cultura tradicional frente a la cultura dominante, con el consiguiente predominio de ésta en todos los órdenes de la vida.

Con preocupación y a la vez con entusiasmo iniciamos la tarea de rescate mencionada, con la convicción de que en las aulas, mediante un programa escolar que respetara el entorno sociocultural, estaría el posible remedio, convicción aún vigente para la que esperamos obtener plena respuesta algún día.

Inicialmente pensamos que una labor de difusión era esencial para nuestros objetivos; así pues iniciamos la publicación de un modesto periódico producido en mimeógrafo donde aparecían pequeñas notas comentando sucesos de actualidad; recibíamos colaboraciones de compañeros que veían con alegría la tarea iniciada y publicamos asimismo algunos poemas y cantos de la antigua tradición.

Pero dar inicio a esta tarea no fue nada fácil; todos los que nos habíamos reunido en torno a este proyecto sabíamos náhuatl en un grado más o menos suficiente, pero ello de muy poco nos ayudaba; el asunto era poner manos a la obra y, cuando de hecho ya lo intentamos, nuestro desasosiego no fue pequeño; hubo ocasión en que escribir tres líneas nos llevó varias horas sin estar seguros de que lo escrito estaba bien redactado.

Una cosa cierta es que los nahua hablantes que nos reuníamos —y creo que en el mismo caso deben haberse hallado los hablantes de otras lenguas mesoamericanas— en esa época nunca habíamos escrito una sola palabra en nuestro idioma. Así que no salíamos de nuestro asombro al percatarnos de que algo tan común, tan cotidiano, y tan nuestro —nuestra lengua materna— se nos presentaba, a la hora de llevarla al papel, como algo extraño, ajeno, complejo.

Y de todo ello las responsables eran las instituciones encargadas de preservar y difundir la cultura, pues para ellas esta última sólo puede ser la impuesta por los europeos a raíz de la Conquista.

Todo aquello que ahora nos resulta más o menos fácil entonces se nos hacía complejo y no sabíamos cómo salir de apuros: ignorábamos si debíamos poner juntos o separados los vocablos que integran los verbos compuestos, no sabíamos qué hacer con las partículas, no sabíamos cómo representar ciertos fonemas —el saltillo, por ejemplo—; en fin, era notorio nuestro analfabetismo en nuestra lengua y era evidente que nos urgía

consultar a quien supiera de esto y de muchas cosas más, y estuvimos de acuerdo en que tal persona debía ser el doctor Miguel León-Portilla.

Después, lo diré con sólo pocas palabras, todo ha sido más fácil para nosotros.

Llegar al Seminario de Cultura Náhuatl ha sido para mí, y estoy seguro de que lo mismo ha ocurrido con mis compañeros de otras comunidades nahuas que han asistido a él, una experiencia única por lo que ha significado en nuestra formación profesional.

Haber tenido oportunidad de conocer a gente de otras regiones del mundo que viene para abreviar en el conocimiento de nuestra cultura indígena, convivir con mis hermanos nahuas de diversas comunidades, haber escuchado el relato de sus antiguas costumbres, pero sobre todo tener conciencia de que nos hermana una misma tradición antigua y el anhelo de luchar por conservarla, es una experiencia que nos hace felices y que agradecemos a León-Portilla, porque con su sabiduría y su amor a lo indígena la ha hecho posible.

Creación del Seminario de Cultura Náhuatl

Entre las muchas tareas relevantes que en vida realizó el padre Ángel María Garibay, la de crear, junto con Miguel León-Portilla, el Seminario de Cultura Náhuatl es, con seguridad, una de las más importantes. Fue en febrero de 1957 cuando éste por primera vez abrió sus puertas y desde entonces han acudido a él estudiantes de todas partes del mundo; allí han adquirido preparación y, con el paso de los años, se han convertido en investigadores que llevan a cuestas con entusiasmo la tarea de indagación histórica heredada del maestro.

Nuestra Alma Máter, la Universidad Nacional, a cuyo frente se han hallado distinguidos mexicanos sensibles a toda manifestación cultural, y capaces de valorar el legado de las antiguas culturas mesoamericanas, estaba encabezada entonces por el rector Nabor Carrillo Flores y su secretario general lo era don Efrén C. del Pozo; ambos dieron total apoyo a la naciente institución.

Don Enrique González Casanova, entonces director general de Publicaciones, coadyuvó, según el testimonio del doctor León-Portilla, en la realización de los propósitos del nuevo Seminario. Además de crearse éste, como recuerda el propio doctor, se iniciaron tareas adicionales que vinieron a enriquecer la labor del nuevo centro de estudios de esa parte esencial de la cultura mesoamericana, como la cátedra denominada Introducción a la Cultura Náhuatl, a partir de 1957, en la Facultad de Filosofía y Letras, así como la aparición al año siguiente de las primeras publicaciones de la serie Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl, *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses*, textos de los informantes de Sahagún 1, en edición de Miguel

León-Portilla, y *Veinte himnos sacros de los nahuas*, textos de los informantes de Sahagún 2, en edición de Ángel María Garibay.

En el número 13 de nuestra revista *Estudios de Cultura Náhuatl*, León-Portilla hace un balance de los primeros veinte años del Seminario, en estos términos:

A lo largo de cerca de veinte años, varios centenares de estudiantes se han acercado al conocimiento de las instituciones y de la herencia de la literatura y pensamiento prehispánicos. Pero no sólo eso, ahora el alumnado del Seminario se ha multiplicado considerablemente, son muchos los que ahora asisten, y muchos los que allí se han formado y se han convertido en investigadores, algunos de gran prestigio, y son maestros que están formando, en sus respectivos lugares, a los futuros nahuatlato.

Así, podemos decir que Ángel María Garibay tuvo el acierto de reunir a su alrededor a varios estudiantes que ahora tienen la encomienda de sembrar inquietud por conocer las particularidades culturales del mundo mesoamericano; el doctor León-Portilla, distinguido discípulo de aquel maestro de México, ha dicho en un acto de humildad y reconocimiento del legado de su mentor, que ha recogido la antorcha de manos de Ángel María Garibay hasta el tiempo de su muerte y que le corresponde a su vez, “en paralelo, participar asimismo en la requerida transmisión de conocimientos...”

De este modo, contribuye a la formación de quienes prosiguen en la búsqueda histórica por lo que respecta a nuestras raíces culturales indígenas, y de sus cursos han salido personas que ahora, ya como investigadores se han ganado un prestigio, entre los que se encuentran: Birgitta Leander, Rudolf van Zantwijk, Alfredo López Austin, Thelma Sullivan, Roberto Moreno de los Arcos, Jacqueline de Durand Forest, Víctor M. Castillo, Josefina García Quintana, Francisco Javier Noguez, Mercedes de la Garza, Karen Dakin, Selma Anderson, José Rubén Romero, Jorge Klor de Alva, Patrick Johansson, Carmen Aguilera, Pilar Máynez Vidal, etcétera.

Conviene hacer notar que si bien han sido pocos los centros de estudio de las culturas mesoamericanas instituidos en las universidades del país, como el Seminario de Cultura Náhuatl y el Centro de Estudios Mayas de la propia Universidad Nacional, últimamente, paralelamente a ellos se han creado otros más en las máximas casas de estudios de Puebla, Colima, de Guadalajara y, recientemente, en la ciudad de Zacatecas.

Después de varios años de existencia, el Seminario no debía ni podía permanecer en la misma forma que tuvo cuando fue creado. Nuevas situaciones han exigido nuevas formas y así, desde 1965, las publicaciones que originalmente estaban en manos del Seminario ahora son responsabilidad del Instituto de Investigaciones Históricas; a nivel de posgrado, el Seminario desarrolló asimismo desde entonces sus tareas a la par que otros Seminarios en la Facultad de Filosofía y Letras. Las publicaciones

quedaron divididas en dos series: la de monografías y fuentes para el conocimiento de la cultura náhuatl y la de estudios de cultura náhuatl.

En la primera han publicado trabajos Ángel María Garibay K., Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin, Fernando Anaya Monroy, Alfonso Caso, Friedrich Katz, Mauricio Swadesh, Víctor M. Castillo, Claude Nigel Davis, Thelma Sullivan y Fernando Horcasitas, etcétera.

Los trabajos de estos investigadores han versado sobre visión del mundo, pensamiento religioso, derecho prehispánico, gramática náhuatl, toponimias, calendario indígena, organización social y económica, lingüística náhuatl, teatro náhuatl y diversos periodos históricos.

Paralelamente han aparecido los volúmenes de fuentes documentales, en ediciones bilingües náhuatl-castellano. En ellos se ha dado cabida a varias secciones de los códices matritenses y a las recopilaciones de cantares y poemas mexicanos.

En conjunto han visto la luz, en esta primera serie, veinticinco volúmenes, varios de los cuales han sido objeto de reediciones y, en algunos casos, de traducciones a lenguas extranjeras.

Recordación del padre Garibay

Quienes conocieron al padre Garibay y quienes han estudiado su obra y entendido las magníficas aportaciones que su trabajo de investigación y traducción representa para el conocimiento de la antigüedad prehispánica, están de acuerdo en considerarlo uno de los "más ilustres mexicanos del siglo actual por la trascendencia que su obra ha tenido para el desenvolvimiento de la cultura mexicana".

No es exagerado afirmar que los trabajos de investigación y las traducciones de valiosísimos textos antiguos abrieron el camino para un conocimiento más exacto de nuestra cultura de origen prehispánico, tarea que no se vacila en calificar de *colosal*, sobre todo porque ha consistido en detallar una de las raíces fundamentales del México precolombino, a partir de la cual la historia nacional ha debido revalorarse.

El maestro Daniel Moreno, a quien seguimos en estas notas, recuerda lo que en alguna ocasión expresó ese gran investigador de la historia de México, don Luis Chávez Orozco, cuando se le preguntó sobre una nueva edición de su *Historia de México*: contestó que para llevarla a cabo resultaba necesario hacer reformas y adiciones importantes sobre todo en lo referente al siglo XVI, con base en las aportaciones de don Ángel María Garibay en el arte, la historia, toda la vida social y económica.

Curiosamente muchos son los que se preguntan a qué se debe que el padre Garibay escribiera siempre su segundo apellido Kintana con una letra tan extraña en la ortografía del castellano. Al respecto, siempre según el maestro Moreno, puesto que el padre de Garibay era de ascendencia vasca, don Ángel, resuelto defensor de la autonomía de las provincias

vascongadas, escribía por tanto su apellido Quintana no con Q sino con K, como solía preferirlo su propio progenitor.

Estudiante del Seminario Conciliar de la ciudad de México, Garibay tuvo gran formación humanista, con un gran conocimiento de la cultura clásica; conocía y hacía traducciones del griego y del latín, pero sobre todo, desde muy joven, dio muestras de una gran inclinación por el conocimiento de las culturas indígenas de nuestro país, muy pronto se dedicó al estudio de algunas de nuestras lenguas autóctonas y conoció con notoria profundidad el náhuatl, el hñahñú y el purépecha. Y fue con la lengua náhuatl con la que produjo las importantísimas aportaciones de todos conocidas.

Su inclinación por la cultura de nuestros pueblos indígenas y su anhelo de conocer el modo de vida de éstos, así como su profunda vocación y afán de servicio hacia aquellas antiguas culturas que él amaba tanto, lo llevaron a vivir en poblados indígenas, en las cercanías de las pirámides de Teotihuacan, como Otumba y Jilotepec.

Estas poblaciones, “alejadas del mundanal ruido”, le dieron al padre Garibay la tan deseada tranquilidad y paz para poder, aparte de cumplir con las obligaciones de su ministerio, realizar los tan relevantes trabajos de investigación y traducción que la cultura indígena de nuestro país le debe.

Pero ocurrió en una de estas poblaciones un suceso chusco que el doctor León-Portilla en múltiples ocasiones ha tenido oportunidad de recordar para regocijo de quienes lo han escuchado: Resulta que varios de los feligreses, extrañados de ver al padre Garibay aprovechar todo momento de libertad para ponerse a estudiar, ignorando lo que en verdad ocurría, nombraron una comisión que fue enviada a la ciudad de México para informar a la jerarquía eclesiástica que hicieran el favor de mandar un nuevo padre que haya terminado sus estudios, porque el que estaba, el padre Garibay, parecía que no había terminado la carrera, pues se la pasaba estudiando.

Sus primeros trabajos de traducción y de interpretación de los antiguos textos fueron publicados en la revista, entonces en circulación, llamada *Ábside*; después aparecieron sus trabajos sobre la poesía de la altiplanicie, sobre la épica náhuatl, etcétera. Fue en el IV Centenario de nuestra Alma Máter, la Universidad Nacional, cuando le fue otorgado el grado de doctor *Honoris Causa*, lo que venía a ser un reconocimiento al trabajo de toda una vida dedicada al estudio de nuestras raíces.

Hoy la obra del padre Garibay es altamente reconocida. Si sus trabajos abrieron brecha, siguen siendo fuente inagotable de información. Sobre todo en los momentos de inseguridad y de crisis que nos ha tocado vivir. Tiene razón Daniel Moreno al afirmar que no está nada mal el buscar influencias extrañas de otras culturas, que Garibay mismo supo apreciar; hemos ya hablado de su profundo conocimiento de las lenguas griega y latina, y que el problema está en buscar en áreas extrañas información

artística y cultural, cuando podemos acudir a las obras del padre Garibay para conocer las más profundas raíces de la mexicanidad. En los momentos de gran desorientación que se padecen en nuestros días, nada mejor para afirmarse en lo propio.

Los escritores que se han formado en el Seminario de Cultura Náhuatl

De 1982 a la fecha, el Seminario de Cultura Náhuatl presenta una fisonomía que lo distingue de épocas anteriores. Nahuahablantes de distintas regiones del país acudimos a él y venimos preparándonos en el conocimiento de la gramática de la lengua, así como en la historia antigua de ese segmento cultural mesoamericano que se expresó en náhuatl.

Por esas razones que aparentemente no se pueden explicar, como si simultáneamente hubiéramos sido llamados, venimos asistiendo desde hace más de tres lustros a la clase de cultura náhuatl que imparte el doctor Miguel León-Portilla personas procedentes de la Huasteca veracruzana, de Puebla, de Hidalgo, de Guerrero, del Distrito Federal, de Milpa Alta en particular.

Esto nos ha servido sobre todo para entrar en conocimiento de algunas de las principales formas dialectales de nuestra lengua materna, conocer nuevos términos y con ello ampliar nuestro propio vocabulario, pero sobre todo, enterarnos de lo que en otros sitios existe en relación con nuestra cultura de antigua raigambre, así como saber lo que en otras partes se viene haciendo con el fin de preservarla y difundirla.

Todo ello si bien ha servido para ampliar nuestro conocimiento de las formas locales de nuestra cultura, por otra parte —y éste es un aspecto de suma importancia—, ha propiciado un acercamiento entre nahuahablantes, así como de personas de otras etnias, lo cual ha dado lugar, en la mayoría de los casos, al surgimiento de una amistad que nos ha unido a todos para hacer fuerza común, en una lucha que a todos nos involucra.

Nuestra presencia en el Seminario —la de los nahuahablantes— nos ha sido útil en dos aspectos que yo considero muy importantes: ha tenido el valor de un descubrimiento y de una confirmación. Descubrimiento porque en verdad todo o por lo menos la mayor parte de lo que allí hemos visto y aprendido ha sido una novedad, ya no digamos en lo relacionado con las particularidades gramaticales de la lengua sino, inclusive, en lo relacionado con la existencia de una literatura, de la que nosotros no teníamos ninguna información.

Por lo que respecta a la gramática, diré que, aunque intuitivamente la conocíamos y la usábamos en forma más o menos correcta, jamás habríamos podido dar una explicación del porqué de lo que hacíamos o decíamos, porque nunca habíamos reflexionado al respecto, y todo era para nosotros un conocimiento basado sólo en la experiencia, en el afán de nuestros

padres y en el modo en que estos últimos lo habían heredado de nuestros abuelos.

Desde un principio, quien esto escribe recibió en el Seminario hasta aquí comentado la oportunidad de traducir un antiguo texto recogido en San Pedro Jícora, en la Sierra Madre Occidental, en Durango, por ese gran antropólogo a quien tanto debe la cultura náhuatl, Konrad Preuss; y a nivel de grupo, bajo la dirección del doctor León-Portilla, el texto de los *Cinco soles cosmogónicos*, capital en la historia de las ideas del hombre prehispánico y, según muchos indicios, lectura de un antiguo códice, realizada por un hombre versado en los antiguos libros.

Y allí estábamos los nahuahablantes, conociendo y reconociendo vocablos nuevos y otros conocidos en el habla cotidiana de nuestras comunidades, escuchando ciertas metáforas emparentadas en alguna forma con voces y expresiones que nos eran familiares. Por primera vez vimos a *Quetzalcóatl* no como un héroe difuso, como entre las nubes, imponderable, al que nos tenían habituados las relaciones que por allí alguna vez habíamos escuchado.

Por primera vez estuvimos en contacto con leyendas, mitos y tradiciones que nos confirmaban la importancia de la literatura que a nivel local teníamos, que correspondían a una antigua tradición nuestra, pues habían sido creadas en nuestra lengua, pertenecían a gente como nosotros y se conservaban gracias a que preservábamos la lengua mexicana.

¿Pero por qué llegamos al Seminario y buscamos a Miguel León-Portilla los hablantes de náhuatl de diversas comunidades? En pláticas con compañeros de otras regiones de habla náhuatl, nos dimos cuenta de que en todas aquellas de donde procedían nuestros amigos, se había iniciado un movimiento tendiente a rescatar, en algunos casos, y a preservar, en otros, los elementos culturales tradicionales que eran sustento de la vida comunal de aquellas zonas.

Pudimos igualmente percatarnos de que un trasfondo común unía nuestras aspiraciones, por más que la situación social y cultural de cada región tuviera requerimientos exclusivos, típicos de una comunidad que tiene sus propios problemas y cuyas posibles soluciones también han de ser únicas.

Diversas tareas debían emprenderse de acuerdo con las modalidades, usos y costumbres de cada región, y de ello estaban conscientes las personas que habían adquirido una preparación escolar, por modesta que fuera, pero al mismo tiempo se sentía, pues era notoria, la necesidad de una preparación académica que estuviera relacionada con la antigua sabiduría de nuestros pueblos y con un conocimiento más amplio y profundo de nuestra lengua.

Con plena o escasa conciencia de ello, el caso es que para todos era necesario adquirir una preparación, lo más amplia posible, respecto de nuestra propia cultura, que nos pusiera en condiciones de darles una base teórica a nuestros anhelos y esperanzas; si era importante la tarea a la que

con prontitud había que dar inicio, también relevante era, por otra parte —así lo sentíamos y lo decíamos—, presentar argumentos de peso para impedir que nuestros proyectos parecieran producto de una pretensión sin fundamentos.

Por aquella época, todos o casi todos los que teníamos interés en conocer mejor nuestra propia cultura sabíamos de los trabajos que venían realizando los maestros Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla y, como si alguien nos hubiera puesto de acuerdo, coincidimos en el Seminario de Cultura Náhuatl a mediados de 1982.

Por razones de trabajo algunos sólo asistieron en forma irregular; pero quienes hemos tenido oportunidad de estar allí permanentemente hemos aprovechado, o por lo menos lo hemos intentado, el caudal de conocimientos que allí se imparten sobre tantos aspectos de la vida de nuestros abuelos de habla náhuatl, todo en un ambiente de camaradería, bajo la sabia dirección y el omnipresente buen humor de quien con tino viene conduciendo el Seminario desde su fundación.

Según escuchamos de nuestros compañeros, la mayoría ya había leído algunos de los libros fundamentales para el conocimiento de la cultura náhuatl antigua: *Visión de los vencidos* y *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*; algunos conocían fragmentos de la *Historia de la literatura náhuatl* del padre Garibay; otros, sólo partes de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, en edición del padre, y otros más únicamente artículos aparecidos en periódicos y revistas, como los titulados “¿El México antiguo, capítulo de la Historia Universal?” y “Sentido simbólico de la cultura náhuatl”, de Miguel León-Portilla y Ángel María Garibay, respectivamente, donde se afirma que la reflexión sobre las culturas prehispánicas de México “ha rebasado el círculo de los arqueólogos, eruditos y sabios” y se ha convertido ya en “tema de nuestro tiempo”, según la acertada expresión del doctor León-Portilla.

Así, pues, de distintas regiones de habla náhuatl del país, varias personas hemos estado asistiendo con regularidad al Seminario de Cultura Náhuatl y esto ha repercutido notoriamente en distintas tareas que hemos llevado a cabo, de las cuales las más importantes son los encuentros de hablantes de náhuatl celebrados en Santa Ana Tlacotenco, así como, a nivel personal, la experiencia de la lectura y el análisis de textos antiguos, gracias a lo cual conocemos mejor nuestra lengua materna y acariciamos la posibilidad de convertirnos nosotros mismos en escritores, ya para rescatar la tradición oral de nuestras respectivas comunidades, ya para escribir una literatura de inventiva personal.

Sobre esto, y viendo nuestro interés por escribir en relación con todo aquello que con nuestros propios ojos hemos visto, aquello en lo que nosotros mismos hemos tenido parte, nuestros recuerdos y nuestras vivencias, y habiendo a la vez recogido textos de la antigua tradición, como los *huehuetlahtolli*, de distintas regiones de habla náhuatl que quería dar a conocer, el doctor León-Portilla tuvo a bien crear una especie de suplemen-

to de la revista *Estudios de Cultura Náhuatl* al que llamó *Totlahtol*, nuestra palabra, en donde se han venido publicando textos nahuas de los alumnos indígenas del Seminario, así como de otras personas.

Así, muchos que nunca hubiéramos siquiera soñado en ver publicados nuestros trabajos, los hemos visto salir a la luz, con el consiguiente entusiasmo que ello nos ha dado, sobre todo por el afán de escribir sobre nosotros mismos, de dar a conocer a los demás nuestro modo de ver la vida, en fin, mostrar a todos nuestro profundo amor a México y cómo nos ha dolido, hasta ahora, tener nuestros labios, muy a nuestro pesar, enmudecidos.

*Los encuentros de hablantes de náhuatl en Santa Ana Tlacotenco,
Milpa Alta, D.,F., Antigua Malacachtepec Momozco*

A partir de 1987 han venido realizándose en el poblado de Santa Ana Tlacotenco, así como en el antiguo Palacio de Axayácatl, actual Monte de Piedad, en Zapopan, estado de Jalisco, varios encuentros de hablantes de náhuatl, donde han estado presentes inclusive representantes de otras etnias como la hñahñúh, la purépecha, la maya, la zapoteca y la mixteca, así como distinguidos maestros e investigadores del país como del extranjero, bajo la coordinación general del doctor Miguel León-Portilla.

Aun cuando se ha contado con la participación de varias instituciones culturales del país como la Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio de México, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Instituto Nacional Indigenista, el Departamento del Distrito Federal, etcétera, el papel más importante en esos eventos ha correspondido al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, a través del Seminario de Cultura Náhuatl, pues son sus miembros —puede decirse que en su totalidad— los que han acudido a celebrar estas reuniones, presentando trabajos inclusive relativos a la cultura náhuatl local, con la entusiasta participación de compañeros como la doctora Pilar Máynez, quien ha tenido a su cargo la coordinación de los investigadores de la ENEP Acatlán cada vez que ellos han participado.

Conviene hacer notar que tales reuniones han tenido una repercusión muy notoria en distintas formas, de las que en particular queremos mencionar aquí dos. He relatado ya que desde la época de nuestra adolescencia se veía un descenso en el uso de la lengua indígena en nuestra región; los jóvenes ya la usábamos con menos frecuencia que nuestros mayores sobre todo, tal vez, por el uso constante que del castellano hacíamos en las actividades escolares y sociales en que nos hallábamos ocupados.

Esta situación de abandono de la lengua tradicional ha ido desgraciadamente en aumento y, en la actualidad, los niños ya no la hablan aunque son muchos los que todavía la entienden. Una de las principales razones

para que ello ocurra así es la idea que una gran mayoría de los indígenas lleva a cuestras, en el sentido de que si su lengua y su cultura se ven abandonadas, es porque en realidad nada valen.

Una especie de conspiración del silencio ha acorralado al mundo indígena desde la colonia y ha repercutido en el abandono, el desdén inclusive, con que a veces hasta los mismos indígenas ven lo suyo.

Pues bien, como los encuentros de hablantes de náhuatl se han llevado a cabo al aire libre, han podido acercarse a ellos todos los que así lo han querido, es decir, gente de la comunidad que no tiene nada que ver con investigaciones académicas ni nada parecido, y así ha podido enterarse de la importancia de nuestra antigua cultura, del reconocimiento que en otras partes del mundo va adquiriendo; y en consecuencia, ha surgido en el ánimo de muchos el deseo de conservar lo propio, reflejado en el uso cada vez más constante del náhuatl.

La presencia en el Seminario de gente de los cuatro rumbos

La primera visita que hice al Seminario me dio una sensación, digamos, extraña. Había allí algunos mexicanos, pero quienes sobresalían por su número eran los extranjeros.

Había gente allí de España, de Francia, de Bélgica, de Canadá e inclusive del Japón. La primera impresión que se llevaba uno al entrar a la pequeña aula donde se llevaban a cabo los estudios de este sector de la cultura nativa era que ésta gozaba de una notoria consideración y aprecio en otras partes del mundo, como últimamente viene ocurriendo en nuestro propio país.

Era notorio el interés que muchas de estas personas, venidas algunas de muy lejanas partes del mundo, mostraban en relación con la lengua náhuatl: manifestaban con claridad su deseo de conocer en profundidad sus particularidades gramaticales y admitían que las comprenderían mejor si aprendían a expresarse mediante ella, es decir, a hablarla.

Esto, a decir verdad, nos daba mucho gusto, ya que se contraponía al mal disfrazado desdén de otros para quienes no importaba hablar porque necesitaban “sólo traducir”, actitud ésta que a mi juicio pone al descubierto el desprecio, o por lo menos la indiferencia, con que muchos, desde las alturas de su egoísmo, de su soberbia, ven a la sociedad campesina, indígena.

En relación con esto he de mencionar una anécdota sobre algo que ocurrió sólo unos meses después de haber llegado al Seminario: un día se acercó a nosotros una muchacha japonesa y nos pidió que leyéramos un poema que ella misma había escrito y que a la vez le hiciéramos las correcciones a nuestro juicio pertinentes.

Nosotros no entendimos al inicio lo que nos pedía; pensamos que tal vez se trataba de un poema en lengua castellana y yo me dije: “Bueno, no



sé por qué tengo que ser yo quien haga correcciones a esto; aquí en la Universidad son muchos los que saben de esto... pero yo..." Grande fue nuestra sorpresa cuando nos percatamos de que el poema estaba escrito en... náhuatl.

De modo que una joven estudiante extranjera, después de ocho meses de estudio de una lengua tan lejana y tan extraña, tan compleja, ya se había atrevido a escribir un canto en ella y, además, lo había elaborado bastante bien pues, para mi asombro, fueron muy pocas las correcciones que hube de hacer.

Frecuente motivo de reflexión en quien esto escribe es el relacionado con el porqué de la presencia de mucha gente venida del exterior, inclinada al estudio de algunos segmentos de la historia de nuestro país, sobre todo en el área de la cultura prehispánica tanto de nahuas, mayas, tzotziles, zapotecas, mixtecas, purépechas, etcétera.

Las respuestas que sobre estas interrogantes se nos han ocurrido más bien tenían que ver con el folcklor, con la curiosidad por conocer algunas formas de cultura como la del antiguo hombre mesoamericano. Pero aunque aún borrosa, no muy bien delineada, ya venía forjándose en nosotros la idea de que éramos los herederos de una de las grandes áreas culturales de la humanidad y que el deseo por conocerla hacía que muchos vinieran desde muy lejos a llevar a cabo los correspondientes estudios.

Poco después, con el apuntalamiento de las afirmaciones de León-Portilla, estas ideas han venido clarificándose y tomando cuerpo hasta convertirse en un argumento de peso.

Hace poco nos hemos enterado, de acuerdo con la información del propio doctor León-Portilla, que son por lo menos cuarenta las universidades del mundo donde se llevan a cabo estudios sobre lengua y cultura náhuatl; ello, en lugar de constituir para nosotros un motivo de pueril orgullo, debe movernos a reflexionar y recapacitar sobre lo que ello implica: responsabilidad en el sentido de conocer mejor nuestra propia historia y enfrentar la vida con mayor seriedad, tratando de ser dignos herederos de aquellos que tan honrosamente nos precedieron.

El futuro del Seminario de Cultura Náhuatl

El Seminario de Cultura Náhuatl ha crecido notoriamente en los últimos años. Sabemos muy bien que tal evolución no ha sido sólo cuantitativa, pues también se ha incrementado la calidad; pero algunos datos acaso puedan ayudarnos a entender mejor lo que ocurre.

Hasta hace pocos años no pasaba de siete u ocho el número de personas inscritas en él. Ahora ya no son menos de veinticinco. Nuestro maestro ha dicho, con toda razón, que siempre es preferible la presencia de unos cuantos a tener en el aula sentados y fastidiados a varios cuyo interés en lo que allí se estudia es menor.



Y si antes eran unos cuantos, principalmente extranjeros, los que se valían de distintos medios para llevar en forma personal un curso de idioma náhuatl, ahora es por lo menos la mitad del grupo la que por su interés ha logrado que se instaure una cátedra de dicha lengua, a la cual asiste con entusiasmo y en la cual estudia con ahínco.

Pero este interés por un acercamiento a nuestras culturas prehispánicas no es algo que pase solamente dentro de la Universidad. Aquí ello ocurre en un ámbito netamente académico, pero sucede también en otras áreas de la sociedad nacional. En sólo la ciudad de México son varios los lugares donde se imparten cursos de lengua náhuatl.

Apenas a fines de 1993 se constituyó la Asociación de Escritores en Lenguas Indígenas de México; en varios poblados importantes del país se han establecido talleres de creación literaria en lengua indígena y, por lo que concierne a la lengua náhuatl, esos talleres van proliferando.

Un anhelo general por conocer mejor nuestro pasado prehispánico y conservar lo que de él nos queda ha surgido y se va abriendo paso cada vez con más firmeza. Así, lo que ocurre dentro de nuestra Universidad es apenas un reflejo de lo que a nivel nacional viene pasando.

El Seminario de Cultura Náhuatl crece sin cesar. Cada vez son más los que se preparan para estudiar ese segmento de la cultura nacional expresado en lengua náhuatl. La existencia de un centro de estudios como el aquí mencionado, si bien constituyó un hito en la historia de la cultura nacional, por otra parte, como hemos visto, ha contribuido en forma muy notoria a formar e impulsar a varios escritores que allí dieron los primeros pasos en su oficio. Y gracias a la solidaridad y el apoyo de nuestro maestro Miguel León-Portilla, hemos visto con inmensa alegría publicados nuestros primeros trabajos.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS